

Suplemento de ciencias de **Página/12**
Año 17 / N° 888 | 25 . 03 . 2006

LA CIENCIA DURANTE LA DICTADURA

24.03.76

La dictadura militar que comenzó el 24 de marzo de 1976 asoló al país y agotó las facetas del horror. Pero además siguió la vieja tradición argentina de perseguir y paralizar la investigación científica en las universidades, en la convicción, absolutamente cierta, por demás, de que disciplinas que se basan en argumentaciones y contraargumentaciones, y en las que todo se pone en discusión, son peligrosas para los regímenes autoritarios. En esta semana de memoria y homenaje a las víctimas, **Futuro** se ocupa de la ciencia durante los años de plomo.

24.03.76

POR SERGIO DI NUCCI

¿Cómo ha sido la relación de la última dictadura argentina con la ciencia? ¿En qué grados la ciencia nacional se vio afectada por la represión militar? **Futuro** interrogó a tres científicos sobre este y otros temas: ¿Cómo era el trabajo cotidiano hace 30 años? ¿Cuáles han sido las consecuencias para la investigación científica, en cuya estructura el Estado resulta omnipresente? El diálogo tuvo un solo requisito: reproducir los testimonios de experiencias únicas e intransferibles.



Ana D'Angelo

LA NOCHE

En el volumen *Un Golpe a los libros* (2002), sus autores, Hernán Invernizzi y Judith Gociol, advierten que durante la dictadura existió el proyecto de forjar una compleja infraestructura de control cultural y educativo: para ello se apeló a equipos de censura, análisis biográficos, memos de inteligencia, abogados, intelectuales, académicos, planes editoriales, decretos, presupuestos, oficinas, etc. El hasta hace unos días decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA, Pablo Jacovkis, también ex presidente del Conicet, colaboró en el volumen de Invernizzi y Gociol con un trabajo sobre "La ciencia durante la dictadura". "No es cierto –escribe allí– que las ciencias exactas y naturales fueron poco afectadas por la dictadura. Pese a que casi no hubo libros de ciencias exactas y naturales secuestrados, y teóricamente los científicos 'duros' no tenían nada que temer si no hablaban de política. Las ciencias exactas y naturales tuvieron un tremendo retroceso durante la última dictadura militar, con lo que se completó el proceso destructivo comenzado con La Noche de los Bastones Largos [...] La ciencia, por más apolítica que sea, requiere una cultura democrática y progresista. Muchos científicos, para sobrevivir, decidieron callarse, no meterse en líos, no cuestionar nada. Ese fue un terrible golpe que sufrió la ciencia en la Argentina: muchos de sus protagonistas, para sobrevivir, se mediocrizaron, muchas veces sin darse cuenta y sin quererlo [...] Existe un efecto aún más grave para la ciencia que la mediocrización de algunos, o de muchos: el exilio de muchos de los que no se mediocrizaron. Y, lo más trágico, la desaparición de una cantidad significativa de ellos, no sólo en la Universidad, sino también en la Comisión Nacional de Energía Atómica, en el Instituto Nacional de Tecnología Industrial, en el Conicet y en otras instituciones públicas se produjeron secuestros y desapariciones de científicos, en general con la complicidad de las autoridades de turno."

En diálogo con **Futuro**, Pablo Jacovkis añade que "si uno intentara hacer un análisis lo más objetivo y aséptico posible, se preguntaría lo siguiente: ¿cómo un país relativamente evolucionado, con una clase media importante cayó en una represión de este tipo, en que las Fuerzas Armadas absorbieron una ideología tan integrista como la de llegar a quemar libros de matemática porque la matemática es comunista, como ocurrió en Córdoba?".

–¿Cómo era el clima universitario previo al golpe?

–Yo tengo que aclarar que fui un privilegiado en relación con lo que vivieron otros científicos. Mi último cargo fue como jefe de trabajos prácticos en la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad Nacional de La Plata, y la persecución era básicamente por cuestiones políticas, es decir, no había bajadas de líneas.

–Que también la revista de moda *Elle*, en su último número, se ocupe del golpe y convoque a Tomás Abraham y a Tito Cossa para que se reflexione sobre los 30 años de la dictadura, ¿es un signo alentador en relación con la sociedad argentina o una confirmación de que las celebraciones e indignaciones nacionales responden a intereses más volátiles y cambiantes?

–No, no, yo creo que más allá de alguna ironía eso es algo muy positivo porque demuestra que el tema está instalado. Muestra la derrota absoluta de la ideología del golpe. Por ejemplo, el Partido Demócrata de Mendoza acaba de sacar un comunicado de prensa en el que hace un mea culpa por haber apoyado el Proceso. Es lo mismo. Una buena señal. El imaginario colectivo está mostrando un rechazo por esa época terrible y espantosa. Y lo de la revista es una señal de cómo ya no funcionan esas dos posiciones antagónicas, la de quienes apoyan y rechazan al Proceso. Desde luego, es imprescindible un análisis historiográfico que analice estos cambios, un trabajo sin tantos adjetivos.

UN LEGADO QUE PERVIVE

Si bien Juan Santos –profesor del Departamento de Computación de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA, y director del proyecto de inteligencia computacional aplicada a robótica– aún no desarrollaba su tarea profesional en organismos estatales cuando se produjo el golpe, su testimonio resulta ilustrativo por otras razones: "Hace varios años formé parte del Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA. Y ocurrió algo que creo que tiene que ver con la supervivencia de un legado que dejó la dictadura. En la UBA, cuando un profesor debe jubilarse, se lo puede nombrar 'profesor emérito' o 'consulto'. Para esto se requieren sesiones en condiciones particulares: creo que debe haber mayoría absoluta y son a puertas cerradas, estoy seguro de que el calígrafo no puede estar allí. En estas sesiones se tratan, entre otras cosas, si el profesor apoyó la dictadura, si fue 'soplón', etc., y desde luego sus méritos académicos. En base a eso se lo nombra emérito o consulto. Pero yo propuse en ese entonces que las sesiones dejaran de ser secretas. ¿Por qué debían serlo? Pero entonces alguien, en la misma sesión secreta del Consejo, me pregunta la edad. Yo la digo, y pregunto qué tiene que ver eso: 'Porque sos joven y no tenés idea de lo que es el miedo', me dice. Yo no era tan joven. Es cierto, no fui secuestrado ni torturado, pero sí conozco lo que es el miedo. Vivimos muy intensamente el golpe yo y toda mi familia, ya que una prima nuestra, Cecilia Minervini, fue secuestrada y asesinada. Me dicen entonces que es necesario mantener las sesiones a puertas cerradas para proteger el ambiente, porque de otro modo la gente tendría miedo de hablar. Esto que te cuento no ocurrió hace tanto. En ese sentido, la dictadura infundió un miedo que paralizó a la sociedad, y es un legado que todavía pervive hoy: el profesor que tiene miedo de votar algo porque le quitan un concurso, el alumno que le teme al profesor porque puede desaprobar la materia, el centro de estudiantes que no denuncia a alguien porque ese alguien puede influir en que le quiten la fotocopiadora".

LA LARGA AGONIA

Según cifras oficiales, siete mil científicos formados en la Argentina trabajan en el exterior. Un proceso que se inició luego de La Noche de los Bastones Largos, cuando el gobierno de Juan Carlos Onganía decretó la intervención de las universidades nacionales, desocupadas con violencia. Un informe de Cepal indica que la Argentina fue el país de América latina que más científicos y técnicos "exportó" durante la década de 1990 a Estados Unidos: de cada mil argentinos que emigraron al exterior, 191 eran "personal especializado".

La cifra de los 7 mil científicos emigrados es alta teniendo en cuenta que los miembros de la comunidad científica nacional se estiman en unos 15 mil. El entonces decano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA que protagonizó La Noche de los Bastones Largos, Rolando García, declaró hace tiempo que "la universidad está como está quizá por la tradición que tiene, y a una facultad como ésta le corresponde repensarse. Creo que tenemos una responsabilidad muy grande y me preguntaba si no será que habrá que rehacer ese escenario, la universidad como foro de discusiones, lo que en aquella época nos atrevimos a llamar 'la conciencia crítica y política de la sociedad'; no de partido político: la política es lo que tiene que volver a la universidad, esa universidad con conciencia social que haga punta en la transformación".

También el célebre Manuel Sadosky recordó los tiempos en que se inició la emigración científica, interrumpida brevemente en 1973. Entrevistado hace unos años por Federico Kukso y Leonardo Moledo, decía lo siguiente en la revista *Todo es Historia*: "Yo era el vicedecano de la facultad, y Rolando García el decano. La Noche de los Bastones Largos, claro, es una fecha que queda grabada... Era un momento muy activo de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, allí se cultivaban la matemática, la física, la química, la geología, la meteorología, con un fervor, con una sensación, quizá demasiado exagerada, de que podíamos cambiar el país".

–Cuéntenos algo de aquel día. La historia es conocida, pero algún detalle suyo.

–Bueno, la historia de los palazos que nos hicieron pasar entre una doble fila de policías ya la conocen todos... pero es curioso, porque a uno le quedan ciertos detalles sin importancia. Por ejemplo, recuerdo que yo usaba sombrero y lo tenía puesto, así que cuando pegaron los palos, el sombrero atenuó los golpes, que no me parecieron gran cosa, pero después, en la comisaría, pasé frente a un espejo donde vi que tenía toda la cara ensangrentada y entonces me lavé, porque me daba vergüenza estar en esa situación. La verdad es que fue verdaderamente notable con tantos palos que dieron que no hubieran matado gente, porque pegaban bien, pegaban con habilidad.

–Y con ganas.

–Con muchas ganas."

Desde el Conicet se ha informado que el proceso iniciado con la dictadura de Onganía y profundizado desde 1976 comienza a revertirse: "Hoy estamos en una perspectiva de crecimiento del sistema científico tecnológico y de la incorporación de recursos humanos", señaló Mario Lattuada a la revista de Adepa. Y desde hace unos años el organismo, en conjunción con otros de la órbita estatal, fomenta planes para repatriar a los científicos que residen en el extranjero. Desde 2003, han vuelto unos 185 investigadores.

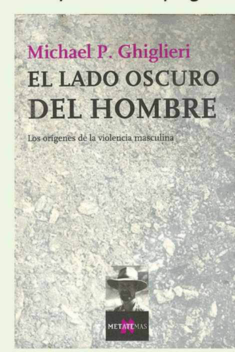
EMPEZAR DE CERO

POR MIGUEL ANGEL LABORDE*

El golpe de Estado de 1976 implicó la interrupción de proyectos científicos y el comienzo de una larga postergación. Yo trabajaba como docente en la Universidad de La Plata. Me secuestran el 4 de febrero de 1977. Me largaron el 28 de abril de ese mismo año. Nos chuparon a mí y quien era mi esposa, Adriana Calvo, cuyo testimonio en el Juicio a las Juntas resultó determinante. Adriana dio a luz en cautiverio. Cuando nos largan, yo quiero volver a la Universidad de La Plata. Pero no me dejan. Me dijeron que me habían echado por ausencia injustificada. Que debía ir a la policía a pedir un certificado que justificara mi ausencia. Absurdo. Desde luego no fui. Salió una posibilidad de irnos a Alemania con una beca, pero decidimos quedarnos. Sin embargo, no podía ingresar de nuevo a la facultad, así que tuvimos que irnos de La Plata. Nos fuimos a Temperley. Comienzo a intentar ingresar al Conicet, aunque sin muchas expectativas. Debía contar con las declaraciones del Ejército, unas cuantas, una por cada arma. Pero lo paradójico de todo es que salgo nombrado por el Conicet. Así que retomo al fin la investigación que había interrumpido en La Plata, ahora desde adentro de la UBA. Pero tampoco fueron sencillas las cosas. Los de derecha te acusaban de que "por algo habrás caído". Los de izquierda, que saliste porque diste información. Sin embargo, tengo que nombrar a dos personas que me ayudaron muchísimo: a Jorge J. Ronco, que falleció, y que también fue excluido de la Universidad de La Plata y quien me dio ayuda económica cuando no tenía con qué vivir, y a Norberto Lemcoff, que me invitó a trabajar en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA. En 1978 pude entonces reinsertarme en el sistema científico, pero claro, tuve que empezar de cero. De todos modos, no había durante la dictadura un plan orgánico que decía qué cosas investigar y qué cosas no. Con la democracia recuerdo que la vida para algunos se hizo imposible por los sueldos. Jorge Ronco, sin ir más lejos, debió irse a Estados Unidos. El clima durante la dictadura era terrible, y de hecho en La Plata fue durísimo. Hace poco le dije a Télam que sin embargo seguí apostando por la ciencia argentina. Que como fui educado por la escuela estatal, y por la universidad pública, de algún modo creo que debo devolverle al país lo que la gente invirtió en mi educación.

** Profesor titular de la cátedra de Ingeniería Química de la UBA e investigador principal del Conicet.*

EL LADO OSCURO DEL HOMBRE
Los orígenes de la violencia masculina
Michael P. Ghiglieri
Tusquets, 375 págs.



Hay libros estridentes, provocadores, que producen sacudones editoriales sin importar su calidad, tema o circunstancias de su publicación. Son los afamados bestsellers, aquellos libros que asaltan las vidrieras y estantes de las librerías, esos de los que todo el mundo habla, los que si uno no leyó tiene sí o sí que leerlos (bajo riesgo de quedar afuera de la conversación), los libros que uno ve en todas partes, bajo los brazos o en la mano de las personas que diariamente eligen el subte como medio de transporte. Son, en definitiva, los *Harry Potter*, los *Código Da Vinci*, aquellos libros de secuelas, de continuaciones eternas, y que no tardan mucho en saltar al cine. Son libros cuyos autores se encumbran como celebridades multimillonarias que optan por el silencio y el ostracismo y no dan entrevistas, como si esa pose de estrella acrecentara el misterio que algún publicista se encarga de alimentar para garantizar más ejemplares vendidos.

Y hay otros libros, más difíciles de encontrar (y por eso son más atractivos, como pequeñas joyitas cuando uno da con ellos), que casi nadie conoce y que no suelen figurar en las listas de libros más vendidos que las librerías suministran a los suplementos literarios. En esta última (y arbitraria) categoría cae *El lado oscuro del hombre*, último título de la interesantísima colección Metatemas de la editorial Tusquets, que cuenta con libros de autores de la talla de Lynn Margulis, Stephen Jay Gould, Richard Dawkins, Richard Feynman, entre otros.

Escrito por el antropólogo Michael P. Ghiglieri, *El lado...* pretende dar respuestas allí donde abunda la duda: en clave de ensayo, ahonda en las raíces biológicas de la violencia humana y explica desde la teoría de la evolución por qué los hombres (y no tanto las mujeres) emprenden guerras y cometen asesinatos. Como era de esperar, la brújula argumentativa es Charles Darwin y su "peligrosa idea" (como la describió el filósofo Daniel Dennett). Desde ahí el autor plantea los interrogantes: ¿está diseñada de forma intrínsecamente distinta la psique de los hombres y las mujeres? ¿Han nacido los hombres para ser malos? Para responder, Ghiglieri traza un recorrido peculiar advirtiendo desde el vamos que le escapa a una de las "trampas dogmáticas" de la biología (el viejo debate entre naturaleza y educación o nature vs. nurture) al entender a los seres humanos como un fenómeno biológico (tal vez este punto resulte una de las patas flojas de su argumentación, al darle demasiada importancia a la bioquímica y la genética como determinantes del comportamiento humano).

La estrategia del antropólogo consiste en comparar una y otra vez la conducta de los grandes simios con la humana. Y en su exposición habla casi de todo: de la selección sexual (y el peso del deseo reproductivo en el comportamiento violento), la atracción, las diferencias entre hombres y mujeres, la innata violencia masculina, los instintos, las emociones (miedo, celos, cólera), la mentira, la gula, violación, asesinato, guerra y genocidio. Un camino de lectura, como señala el autor, "para comprender mejor ese complejo fenómeno que es el *Homo Sapiens*".

F. K.

futuro@pagina12.com.ar

Buscado vivo o vivo

POR FEDERICO KUKSO

La vida del estadounidense Steve Crohn es de aquellas que rozan las fronteras de lo increíble. Tanto que si nadie tuviera noticias de su particular cuota de excentricidad, cualquiera diría que está guionada hasta el detalle o al menos que mucho no falta para que termine estrellada contra la pantalla de cine como una muestra más de esas películas biográficas de moda que ahora los críticos tienen la deferencia de llamar *biopics*.

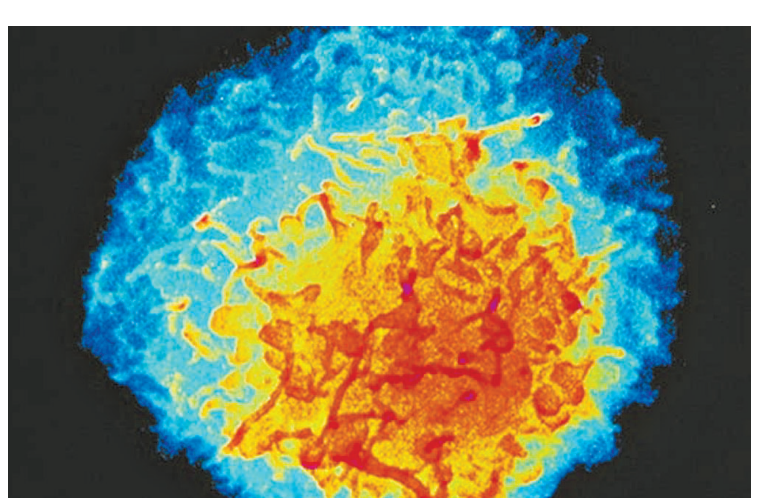
Que sea escritor freelance, viva en Manhattan y sea gay, no dice mucho acerca de este hombre de 56 años cuyo apellido coincide por casualidad con el nombre de una de las enfermedades gástricas más molestas. Lo que hace a Steve Crohn realmente único no tiene nada que ver con su apariencia o siquiera con las actividades que pueda desarrollar. La razón de su envidiable peculiaridad anida en cambio en un lugar tan interiormente recóndito que para cualquier par de ojos resulta totalmente inescrutable: el secreto de Steve Crohn está en los genes; *sus* genes más bien que no serían del todo extravagantes si no fuera por otra (no tan) pequeña característica: Steve Crohn es ni más ni menos que inmune al VIH, el virus del sida.

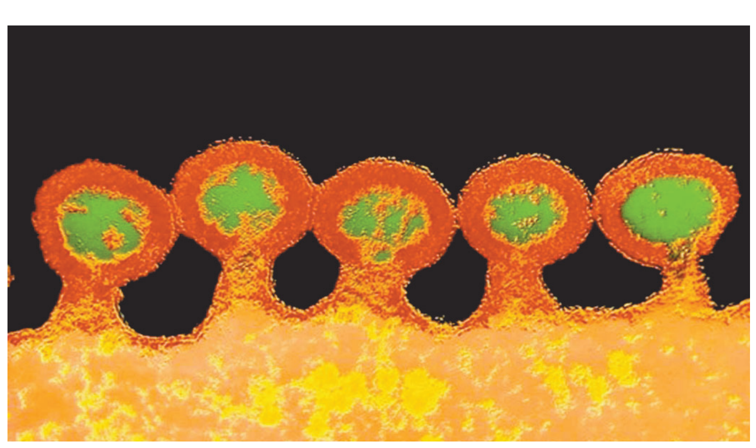
El tramo más interesante de la vida de esta persona/personaje se remonta a principios de los '80, cuando por alguna razón su buena salud extrañamente comenzó a llamarle la atención. Sin causa aparente, todos sus amigos cercanos, todas sus parejas, corrían con el mismo final trágico –enfermedad desconocida seguida de muerte– como si fuera un patrón siniestro, una consecuencia maldita de haber gozado de su compañía. Y él, ajeno a toda práctica sexual con preservativo, nada. Totalmente sano.

Hasta que en 1983 el virólogo francés Luc Montagnier, del Instituto Pasteur, descubrió el famoso virus (el VIH) causante de la desconocida enfermedad (sida). Fue entonces cuando a Crohn se le esclareció un poco el panorama: de alguna manera este virus no encontraba en su cuerpo el blanco para desatar la infección.

Con esa suposición, que le garantizaba la desfachatez propia de aquel que se cree y siente invulnerable, vivió hasta 1996, cuando decidió ponerle fin a esa duda esencial y acceder a que los médicos del Instituto Aaron Diamond, uno de los principales centros de investigación de VIH en Nueva York, bombardearan su cuerpo con una inacabable batería de análisis.

El resultado de la búsqueda no hizo más que confirmar la sospecha. "Resistencia natural al virus de inmunodeficiencia adquirida gracias a una mutación genética llamada CCR-5-delta-32", fue la conclusión a la que llegaron los médicos después de cientos de pinchazos, cultivos genéticos y otras tantas inspecciones sanguíneas. O para que se entienda mejor: para invadir un organismo, el VIH entra en las células y las utiliza a su gusto como fábrica viral. Para eso primero necesita acoplarse a la célula a través de dos proteínas-llaves. Bueno, los genes de Crohn no producen una de estas proteínas-receptores llamada "CCR-5" y por lo tanto el virus del sida no lo puede atacar. Y lo curioso no acaba ahí: según se pudo rastrear, esta inmunidad natural sería la misma que en 1665 habría protegido a los pobladores de Eyam, un pueblito minúsculo de Inglaterra, de caer muertos a causa de la peste negra.





GALERIA VIRAL: PRIMER PLANO DEL ENEMIGO INVISIBLE, EL ESQUIVO Y COMBATIENTE VIH.

Las curiosidades no se detienen ahí: según ciertos científicos, el 10 por ciento de la población europea sería resistente al VIH como Crohn. Todo gracias a la epidemia de fiebre hemorrágica que batió al viejo continente en la Edad Media, incluso antes del episodio del pueblito de Eyam. El caso de Crohn es sorprendente. Pero no por eso único. En total hay casi un centenar de casos reportados en el mundo, como el de un grupo de prostitutas africanas que no se contagian debido a cierta inmunidad natural.

Hasta el momento todos los intentos de simular químicamente la anomalía genética de Crohn no condujeron a mucho, aunque no sobran los intentos. Los fracasos, desde ya, no frenaron a los sabuesos del lucro: basta decir que, para garantizarse las (supuestas) ganancias futuras, los investigadores del Instituto Aaron Diamond ya se aseguraron las patentes de ciertos genes de Crohn, eso sí, sin su consentimiento. Porque si hay algo seguro en esta época de cartografías genómicas es que el ser humano no tiene voz ni siquiera en lo que concierne a sus propios genes.

Donde el Comisario Inspector comparte su agotamiento

POR LEONARDO MOLEDO

–La semana me dejó agotado –dijo el Comisario Inspector–.

–El recuerdo espantoso agota –dijo Kuhn–.

–Y más si uno es policía –dijo el Comisario Inspector– porque debo reconocer que, bueno, no sé cómo decirlo, pero no se vieron suficientes actos de la Institución en repudio al 24 de marzo.

–Yo diría que ninguno –dijo Kuhn.

–Eso es falso –dijo el Comisario Inspector–. Hubo por lo menos uno que organicé yo mismo.

–¿Y cuánta gente fue? –preguntó Kuhn.

–Bueno –dijo el Comisario Inspector–, en realidad estaba yo solo, pero eso no quiere decir que...

–Ya entiendo... –dijo Kuhn–. Ya entiendo ese asunto del cansancio y demás.

¿Qué piensan nuestros lectores? ¿Por qué no fue nadie al acto del Comisario Inspector?

Correo de lectores

EL RECUERDO TARDIO DEL TRAUMA INFANTIL

En el suplemento **Futuro** del pasado 18 de febrero se publicó una nota titulada "Traficantes de recuerdos. El síndrome de la falsa memoria", en el que se informa acerca de recuerdos falsos de abuso sexual, abuso ritual, etc., implantados deliberadamente o no por psicoterapeutas en su búsqueda de memorias reprimidas. Dicha afirmación se realiza a partir del estudio realizado por Elizabeth Loftus ("Perdidos en un centro comercial"), que ha sido cuestionado tanto en el orden metodológico como en el ético, sin mencionar que el estudio fue realizado con sólo cinco sujetos. La más prestigiosa asociación profesional en el campo del trauma psicológico, la International Society for Traumatic Stress Studies, elaboró un documento al respecto (*www.istss.org/publications/CTR.htm*). En él deja claramente establecido, en primer término, la existencia insospechada y abrumadora del abuso infantil, tanto sexual como emocional y físico, presente en todos los niveles socioculturales, realidad que se hace extensiva a nuestro país. Aunque en contra del sentido común, el "olvido" de tales experiencias traumáticas, por lo general sufridas a lo largo de años, es un mecanismo psicológico de supervivencia. El niño abusado por, digamos su padre, necesita de él para ser alimentado, educado, etc. etc., por lo que con sus defensas psicológicas inmaduras lo único que puede hacer es culparse a sí mismo y/u olvidar. Los estudios más actuales sobre neurobiología de la memoria proveen explicaciones a estos fenómenos. La memoria no es un proceso lineal y simple, y los recuerdos traumáticos parecen ser de una naturaleza diferente a los recuerdos ordinarios. Las reacciones psicofisiológicas asociadas con el miedo y el terror interfieren en los procesos normales, dificultando su normal codificación y posterior recuperación.

Dado el carácter reconstructivo de la memoria (los recuerdos no son guardados como una fotografía fiel), la recuperación de un recuerdo puede llevar a imprecisiones significativas e incluso llegar a ser ilusorio. Algunos procedimientos terapéuticos muy útiles y efectivos en determinados contextos, como la hipnosis, no son un buen instrumento de recuperación de memorias. Sin embargo, otras terapias en las que el terapeuta prácticamente no interviene en el contenido de lo producido por el paciente (como por ejemplo Desensibilización y Reprocesamiento por Movimientos Oculares, Reducción de Incidente Traumático, Terapia Cognitivo-Conductual, entre otras) son mucho más seguras y los recuerdos experimentados por los pacientes están prácticamente libres de contaminación.

Eduardo H. Cazabat
Psicólogo
Director Asociado de *Revista de Psicotrauma para Iberoamérica*